



POLICARPA SALAVARRIETA

POLICARPA SALAVARRIETA

Por JOAQUIN PIÑEROS CORPAS

¿Quién no conoce a la máxima heroína de la Independencia, Policarpa Salavarrieta, la encendida flor popular de la revolución, también llamada con el cordial nombre de La Pola? En ella el país ha simbolizado el generoso aporte de amor y dolor que la mujer colombiana ofreció a la causa de la emancipación nacional.

Nació Policarpa en Guaduas, hacia 1796, en el seno de un virtuoso hogar que dió varios servidores a la Iglesia, y estaba relacionado con ilustres familias neogranadinas. La suerte aciaga se ensañó en la infancia de la heroína: sus padres don Joaquín Salavarrieta y doña Mariana Ríos, murieron en 1801, víctimas de una epidemia de cuartanas, que así se llamaban entonces las viruelas.

Debido a la cariñosa solicitud de doña María Matea de Zaldúa, Policarpa recibió en Santa Fe apreciable educación, junto a las hijas de su espléndida protectora, y de acuerdo con la que se daba a las muchachas de aquella época, dentro del hispánico ambiente de la propia casa.

Quizás el amor a la tierra nativa la llevó de nuevo a Guaduas en donde se dedicó a coser y a bordar para una escogida clientela. No fue nunca misterio para los españoles la simpatía de la joven por el movimiento insurgente, ya que uno de sus hermanos, en plena adolescencia, era soldado curtido por los soles de las hazañas republicanas.

Para burlar a sus perseguidores, Policarpa y Bibiano Salavarrieta se establecieron en Bogotá. La casa que los acogió fue la de doña Andrea Ricaurte de Lozano, dinámica conspiradora contra el gobierno español, en cuyas manos se encontraba buena parte de la complicada madeja de relaciones entre el ejército patriota de Casanare y los insurgentes de Santa Fe y otras regiones del país.

Policarpa participó con apasionado interés en estas cautelosas operaciones que ofrecían evidente peligro de muerte. Continuando con sus tareas de bordado y costura, tanto para ganarse el sustento como para disipar sospechas en torno de sus actividades revolucionarias, pudo establecer contacto

con los lanceros del Llano, a través de ingeniosos correos, y una comunicación eficaz con jefes y agentes de la insurrección, entre ellos los hermanos Almeydas, y Alejo Sabaraín, su prometido, quien con imaginación y coraje había prestado valiosos servicios a las armas republicanas.

El fracasado intento de incorporación a las fuerzas insurgentes del Llano de un puñado de patriotas de Santa Fe, varios de ellos pertenecientes a la guarnición española, determinó la prisión de Policarpa, que había confiado a Sabaraín comprometedor correspondencia para el comandante guerrillero Ramón Nonato Pérez. Juzgada con sus compañeros y condenada a

muerte, pasó la última noche en un aula del Colegio del Rosario, el claustro que tantos próceres preparó para la empresa de la independencia nacional.

En la mañana del 14 de noviembre de 1817, entre una multitud expectante con el luto en el corazón, la hermosa rebelde de 21 años fue conducida a la Plaza Mayor de Santa Fe, señalada como sitio del fusilamiento.

Cual si se encontrara en tribuna privilegiada, desde el cadalso increpó al pueblo su indolencia. Luego se arrojó sobre el banquillo. La descarga sobre su espalda, fue más que estruendo de muerte, grito de protesta de la historia.

